

CARTA PASTORAL



**“¡DEVUÉLVEME
LA ALEGRÍA DE TU
SALVACIÓN!”**

Card. Daniel Sturla sdb
Arzobispo de Montevideo

**“¡DEVUÉLVEME LA
ALEGRÍA DE TU
SALVACIÓN!”**

Card. Daniel Sturla sdb
Arzobispo de Montevideo



ÍNDICE

Introducción: El deseo y la necesidad de escribir sobre la salvación	5
1. La entrega en la misión y la escasez de frutos	11
2. El Señor se ha fiado de nosotros	17
3. El don del Concilio Vaticano II y la dificultad de su aplicación	21
4. Custodiar la fe frente al peligro de la autosecularización	27
5. Tres propuestas de conversión pastoral	33
5.1. Recuperar el discurso básico de la fe	36
5.2. El pecado original: doctrina y sabiduría	42
5.3. Recuperar el sentido integral de la salvación y anunciarla con alegría	48
6. El combate de la fe: defender la fe de los sencillos	55
7. Hay victoria en el nombre de Jesús	59
8. El esfuerzo misionero y la confianza en la gracia que actúa	63
9. Preguntas y propuestas	69
10. Conclusión: La esperanza de la fe	73



**EL DESEO Y LA
NECESIDAD DE
ESCRIBIR SOBRE
LA SALVACIÓN**



EL DESEO Y LA NECESIDAD DE ESCRIBIR SOBRE LA SALVACIÓN

Montevideo, 3 de julio de 2021

Fiesta de Santo Tomás Apóstol

Aniversario del nacimiento de Mons. Jacinto Vera

El clamor del salmista se hace presente hoy como un llamado a nuestra Iglesia. Las siguientes son reflexiones dirigidas en primer lugar a los sacerdotes, diáconos y a la vida consagrada para ser compartida también con los laicos. Frente al frío de una nueva ola glacial de secularismo, estamos llamados a ver el margen de maniobra que tenemos con la ayuda de Dios. La reflexión se centra en recuperar el sentido de la salvación que Jesucristo nos ha dado. Nos sostiene la esperanza de saber que la felicidad solo se encuentra en la fe verdadera.

Queridos amigos:

**¡DEVUÉLVEME LA ALEGRÍA DE TU SALVACIÓN!
AFIÁNZAME CON ESPÍRITU GENEROSO.**

Hace tiempo que siento en mi corazón **un clamor, muchas veces silencioso, de muchos de nuestros hermanos** que necesitan de Jesucristo Salvador. Jesucristo continúa hoy su presencia y su obra de salvación en la Iglesia y a través de la Iglesia que es su cuerpo. Nosotros somos ministros de la Iglesia o sus servidores y estamos llamados a escuchar el ruego del salmista como dirigido a nosotros por parte de muchos: *“devuélvannos la alegría de la salvación”*.

De eso se tratan estas reflexiones que quiero compartir en primer lugar con los **sacerdotes, los diáconos y la vida consagrada**, pero por supuesto para ser también reflexionadas con los **fieles laicos** de esta querida porción de la Iglesia que el Señor me ha llamado a pastorear.

Siento que debemos **responder a ese clamor y salir al encuentro de nuestra gente**, especialmente de los más pobres, y predicar a tiempo y a destiempo la alegría de la fe y el don de la salvación. Esto implica una evaluación realista y sincera, una conversión de nuestro corazón y una puesta a punto de algunos elementos de nuestra marcha pastoral.

Presento estas reflexiones desde mi corazón de pastor con el deseo de que puedan iluminar nuestro camino pero también **abierto a que haya debate, intercambio** y, Dios quiera, pueda llenarnos de ánimo y coraje para nuestra misión de discípulos-misioneros de Jesús el Señor y Salvador.

Estas reflexiones **no vienen a propósito de la pandemia**, cuyas consecuencias solamente podemos avizorar sino de una llamada interior que siento desde hace muchos años. ¿Es éste el momento oportuno para presentarlas? Tenemos próximamente la Asamblea Eclesial de América Latina y el Caribe y poco después estaremos empeñados en el proceso al que el Papa Francisco nos invita en preparación a la XXVI Asamblea del Sínodo de los Obispos que quiere partir de una escucha del pueblo de Dios y cuya inauguración hará el Papa en Roma el próximo 10 de octubre, y cada diócesis el domingo 17 de octubre. Por ello prefiero no seguir esperando para compartirles estas reflexiones.

Los obispos del Uruguay además acabamos de aprobar las **orientaciones pastorales** para el próximo trienio. El título que elegimos para su presentación es: *“Jesús compasivo nos salva”*. Creo que estas reflexiones pueden ayudar a profundizar en ellas, especialmente en la primera de las cuatro orientaciones, que dice así:

“Anunciar el misterio de Jesús que nos salva, nos alimenta como Pan de Vida y nos acompaña hasta el fin de los tiempos. Partiendo del Evangelio, revisar nuestros criterios y opciones desde su ver compasivo de la humanidad hambrienta y sufriente, pero llamada a participar de la vida misma de Dios.”

Estas reflexiones que siguen no son de un teólogo sino de un sacerdote y obispo, generosamente creado cardenal por el Papa Francisco, seguramente como signo de su aprecio por la Iglesia uruguaya. No pido que se esté de acuerdo con todo lo que planteo pero sí que sea **leído con una inicial apertura, sin la cual todo diálogo es imposible**.

¿Cuál es el quid de la cuestión? No es novedad saber que estamos inmersos en un cambio cultural de grandes proporciones que modifica la forma de pensar, de sentir, de vivir. Esto que se da en todo el mundo “occidental” llega también a nosotros. Parte de este cambio es constatar que la fe se va enfriando cada vez más en la vida de nuestra gente. Como una nueva ola glacial secularizadora¹ que ya no vemos solo de fuera sino que ha ido penetrando en la misma Iglesia, es decir, en nosotros. Este es el punto clave.

En mi reflexión y discernimiento, compartido con otros, encuentro como una punta de la madeja que ayuda a desenredar el nudo en que creo nos encontramos. Para mí **esta punta es recuperar el sentido integral de la salvación** frente a la secularización que se ha dado de ella y que lo veo reflejado en cantidad de aspectos de nuestra vida cristiana. ¿Qué quiere decir que Jesús nos salva? ¿De qué nos salva? Me gustaría por eso compartirles esta reflexión y abrir la cancha.

Hace tres años la Congregación para la Doctrina de la Fe, con la aprobación del Papa Francisco, publicó la carta *Placuit Deo* “**sobre algunos aspectos de la salvación que hoy pueden ser difíciles de comprender debido a las recientes transformaciones culturales**”.² Con toda claridad la carta afirma que: “La buena noticia de la salvación tiene nombre y rostro: Jesucristo, Hijo de Dios, Salvador”.³ Al mismo tiempo advierte de dos tendencias que desfiguran hoy la fe en Jesucristo Salvador y que son nombradas como “neognosticismo” y “neopelagianismo”. ¿Se dan entre nosotros estas tendencias? ¿Cómo se manifiestan?

No pretendo interpretar cabalmente el sentido en que estos términos son usados en la carta de la Congregación pero sí **aportar una visión personal**, sobre las dificultades y las esperanzas que percibo entre nosotros para anunciar de modo más eficaz el don de la salvación.

1 No me refiero aquí obviamente a la saludable laicidad, ni a la conveniente separación de la Iglesia y el estado, sino a la secularización de tipo jacobino que supone al arrinconamiento de lo religioso en el ámbito de la conciencia individual y el esfuerzo progresivo por la desaparición de lo religioso del ámbito público hasta hacer de la religión un vestigio del pasado.

2 *Placuit Deo* 1

3 *Idem* 8

¿Podemos tener esperanza? Ciertamente. La secularización no trae alegría ni felicidad al corazón humano. Esta búsqueda permanente de felicidad, tapada muchas veces por el consumismo y el hedonismo, nos desafía a testimoniar la alegría de la salvación, el gozo de la libertad cristiana. El testimonio es fruto de una certeza compartida: la fe es verdadera, esa es su fuerza intrínseca. La fe es portadora de felicidad. Sin saberlo es lo que todos los hombres buscan. Jesucristo es el Salvador y estamos llamados a acoger este don.



CA SA DELA

CRUZ

A

SÚS EN VOS CON

Fi

27 Mayo 2020
NO NOS QUEDA
MAS CUPOS
FAMILIA

Person 1: Wearing a dark apron, glasses, and a face mask.

Person 2: Wearing a dark cap, glasses, a dark apron, and a face mask.

Person 3: Wearing glasses, a white face mask, and a dark apron.

Person 4: Wearing a hairnet, glasses, a white apron, and a face mask.

Person 5: Wearing a dark hoodie, dark pants, and a face mask.

1.

**LA ENTREGA
EN LA MISIÓN
Y LA ESCASEZ
DE FRUTOS**

1 LA ENTREGA EN LA MISIÓN Y LA ESCASEZ DE FRUTOS

La Iglesia en el Uruguay, libre y pobre, pequeña y hermosa, da testimonio de la fe en tantas obras que manifiestan el amor de Dios. El desafío es si sigue siendo madre fecunda que engendra nuevos hijos en la fe. La disminución numérica, la ignorancia religiosa, el relativismo moral, el declive de la vida religiosa, etcétera, constituyen una realidad innegable. La Iglesia está llamada a ser lo que es: sacramento universal de salvación.

En la Iglesia en el Uruguay día a día se trabaja y se reza, se hace presente a Cristo de mil modos, se anuncia el evangelio y se vive y testimonia la caridad, se vive la comunión del cuerpo de Cristo y se celebran los sacramentos y sobre todo, cada día, en tantas parroquias y capillas, se celebra la eucaristía. En nuestro país la Iglesia, Cuerpo de Cristo presente en la historia, Pueblo de Dios, vive y mantiene encendida la llama de la fe. Como me han escuchado ya varias veces, me gusta decir de nuestra **Iglesia uruguaya que es pobre y libre, pequeña y hermosa.**

La Iglesia en el Uruguay al testimoniar la caridad **contribuye enormemente a la vida del país** a través de numerosas instituciones educativas, sociales, de servicio. Es ésta una realidad innegable. Si miramos los casi 400 años de presencia de la Iglesia en nuestra tierra⁴ el bien que se ha hecho en muy diversos campos de nuestra realidad como país es innegable. La Iglesia ha sido “partera de la patria”. Ha sido misionera, pionera en la educación, propulsora de la asistencia a los pobres y a los enfermos, ha creado las estancias, ha traído la primera imprenta y la primera industria, ha sido fundadora de ciudades y pueblos; introductora de la ganadería y de la agricultura, iniciadora de las ciencias. El impulso inicial de los albores de nuestra historia se continúa hoy a través de una variedad de instituciones de todo tipo: educativas, culturales, sociales, deportivas, asistenciales, etcétera.

4 En el libro “Desde la matriz. 400 años de presencia y servicio de la Iglesia en el Uruguay” quedó bien plasmado y aún quedaron muchas cosas sin ser referidas.

¿Cuál es la dificultad entonces? **El gran desafío es si la Iglesia sigue siendo madre fecunda que engendra hijos o el frío glacial de la secularización la vuelve estéril.** Cada uno de nosotros podrá hablar ciertamente de frutos diversos de vida y apostolado y de todo el bien que la Iglesia hoy realiza. Disfrutamos de testimonios hermosos de vidas entregadas. El 3 de mayo pasado falleció la sra. Cristina Torres⁵, una laica, humilde y sencilla, recién jubilada como empleada doméstica y que entregaba su vida en la parroquia Mater Admirabilis de Jardines del Hipódromo con espíritu de oración y de servicio, y así tantos y tantos. Estas realidades nos llenan de consuelo pero no pueden tapar una realidad que se hace cada vez más desafiante para la tarea evangelizadora.

Hace poco un religioso me decía algo que lo he escuchado reiteradas veces, es difícil en muchas congregaciones encontrar candidatos para venir a Uruguay por la aridez pastoral, por la escasa respuesta de nuestra gente. Sabemos que las causas son múltiples, pero la pregunta que hace años me formulo es: **¿Hay algo que depende de nosotros?** ¿En qué cosas que dependen de nosotros estamos fallando? ¿Qué es lo que no estamos haciendo bien o podríamos hacer mejor para que nuestro esfuerzo evangelizador dé frutos? *“La gloria de mi Padre consiste en que ustedes den fruto abundante, y así sean mis discípulos.”* (Jn 15,8).

Todo el esfuerzo pastoral y la entrega en la misión parecen no ser suficientes frente a la realidad de una sociedad fuertemente secularizada desde hace un siglo y que vive una **segunda oleada secularizadora que enfría la fe de la mayoría.** Hay muchos consuelos en nuestra tarea pastoral pero en una mirada realista se percibe, recorriendo las parroquias, que en muchos se apaga la llama de la fe.

⁵ En el Entretodos del 22 de mayo salió una reseña de su vida *“Una santa de la puerta de al lado”*.

Algunas constataciones:

- » **Disminuye el número de fieles**, la mayoría de estos, especialmente en los barrios populares de Montevideo, son mujeres de mucha edad.
- » La **ignorancia religiosa** es generalizada. Los elementos básicos de la fe católica ya no forman parte de la cultura general de la población.
- » El contexto general impacta en los mismos creyentes católicos, quienes mayoritariamente también tienen un **escaso conocimiento de las verdades fundamentales de la fe**.
- » Muchas parroquias **no tienen niños en catequesis y menos aún grupos de adolescentes o de jóvenes**.
- » El **relativismo** ad intra de la Iglesia frente a temas morales es creciente.
- » La mayoría de los **colegios católicos** tiene serias dificultades a la hora de evangelizar.
- » Es muy difícil **encontrar personal católico** para nuestras obras educativas y sociales.
- » La escasez vocacional repercute hondamente en **la vida de la Iglesia**.
- » Desaparece ante nuestros ojos gran parte de la **vida religiosa** que ha sido un elemento clave para nuestra Iglesia.

En definitiva los frutos pastorales no parecen responder al enorme esfuerzo que la Iglesia hace.

¿Es sólo un tema de números? Algunos así lo dicen, al obispo “le preocupan los números”. No es así. Es un tema de personas, es un tema de “almas”. Creo además con una evidente repercusión social. Decía Chesterton, un escritor inglés converso de la primera mitad del siglo XX, que cuando la gente deja de creer en Dios pasa a creer en cualquier cosa. Me parece evidente que en nuestra sociedad, la alta tasa de suicidios y el bajo índice de natalidad, son dos manifestaciones que hacen patente el oscurecimiento del sentido de la vida. A esto se suma las cárceles llenas (principalmente de jóvenes pobres) y la violencia creciente a la que está claramente unida el aumento exponencial de la drogadicción y el narcotráfico. Esto, ¿no tiene que ver con ese frío secularizador que nos invade? ¿No son los que más lo sufren los más jóvenes y los más pobres cuyo horizonte se limita cada vez más y los empuja al consumo, a la pornografía y a la droga?

La Iglesia en el Uruguay, en los distintos barrios de Montevideo, en las ciudades y pueblos de las demás diócesis, como decíamos, trabaja mucho y bien, pero en la actual sociedad secularizada se corre el riesgo de **que se diluya lo principal para lo que existe: ser sacramento universal de salvación**. Cuando pasa esto no realiza su misión. *“Pero, si la sal se vuelve sosa, ¿Con qué la salarán?”* (Mt 5,13).



2.

EL SEÑOR SE HA FIADO DE NOSOTROS

2 EL SEÑOR SE HA FIADO DE NOSOTROS

Tenemos la suerte de haber nacido en este tiempo y que el Señor se ha fiado de nosotros. Dios sigue actuando en medio nuestro. Aun cuando tengamos diversas miradas y sensibilidades estamos llamados a caminar en la fe con el ancla de la esperanza fija en el Señor. Los jóvenes que ingresan al seminario o la vida religiosa nos desafían a una fidelidad creciente.

Hace tiempo recorro con mi memoria **mi propia vivencia de la fe** desde mi familia y el colegio, desde mi experiencia de adolescente en castores y mi vocación religiosa salesiana, desde mi sacerdocio y ahora mi episcopado. Por mi gusto por la historia, veo lo que la Iglesia ha hecho de positivo desde el Concilio Vaticano II pero también percibo las dificultades y los tropiezos que hemos tenido. Es hora que miremos serenamente este “pasado reciente” y seamos sabiamente críticos de lo vivido.

Quiero por eso aportar esta reflexión: me veo “obligado a hacerlo” como dice san Judas en su carta: *“Queridos míos, yo tenía un gran deseo de escribirles acerca de nuestra común salvación, pero me he visto obligado a hacerlo con el fin de exhortarlos a combatir por la fe”* (Judas 3). Por la gracia de Dios tengo fe y más allá de nuestras fragilidades veo cómo **Dios actúa en medio nuestro**. Amo la vocación sacerdotal y al hacerme eco del llamado de Cristo a muchos jóvenes siento la responsabilidad de no defraudarlos.

Más de una vez he compartido en diversos ámbitos que **coexisten en nuestra Iglesia distintas miradas de la realidad, teologías y sensibilidades espirituales y eclesiológicas diferentes**. Esto es natural y positivo vivido en la fidelidad a la fe y al magisterio y en la unidad en torno al obispo y al Papa. Frente a la situación que vivimos tenemos diversas interpretaciones, pero la realidad está a la vista, es terca, no se la puede ignorar. Podemos quedarnos en el lamento, en el sueño de tiempos pasados mejores o en la uruguayísima queja o podemos intentar tomar el toro por las astas, tratar de aplicar el bisturí allí donde duele para poder realizar una cura eficaz. No estaremos todos de acuerdo en todo pero avancemos. Se trata de caminar en este momento de la historia que nos toca transitar cada uno desde la responsabilidad que le es propia pero en la unidad de la fe.

Los primeros días de marzo visitando la capilla el Hospital Vilardebó, que no conocía, me impresionaron las enormes puertas de madera labrada que tenían en las dos hojas los símbolos de las tres virtudes teologales: la cruz de la fe, el corazón ardiente de la caridad y el ancla de la esperanza. En todas las épocas es común la consabida frase que el poeta Manrique escribió en sus versos: *“Todo tiempo pasado fue mejor”*. Frente a este pesimismo que muchas veces nos puede invadir el cristiano sabe que tiene **su ancla de la esperanza fija en el Señor** de la historia que misteriosamente nos ha puesto en este momento para ser signos y portadores de su amor, presencia viva de su Reino, Cuerpo de Cristo presente en la historia.

Este tiempo es el mejor para nuestra misión porque es el nuestro, es el que Dios pensó para nosotros. Lo asumimos como un desafío personal y como Iglesia. Dice San Pablo en la carta a Timoteo una frase que siempre me impresionó: ***“Doy gracias a nuestro Señor Jesucristo, porque me ha fortalecido y me ha considerado digno de confianza, llamándome a su servicio”*** (1Tm 1,12). El Señor se ha fiado de mí, el Señor se ha fiado de nosotros y nos ha confiado anunciarlo en este momento y en este lugar. Si nos ha puesto en este tiempo es porque nos considera dignos de servirlo ahora y nos da su gracia para hacerlo. Se trata de aceptar el desafío de este tiempo con audacia y gratitud.

Cuando veo a los jóvenes con inquietud misionera, a los seminaristas y a los chicos que se plantean la vocación sacerdotal me llena de alegría invitarlos a una tarea desafiante y entusiasmate. Pero también me llena de emoción y me estimula a ser fiel la perseverancia de los mayores en nuestra Iglesia que no se achican por nada. Esto me ayuda a ver la realidad que tenemos que enfrentar **con la confianza de David frente a Goliat**: *“Tú avanzas contra mí armado de espada, lanza y jabalina, pero yo voy hacia ti en el nombre del Señor”* (1 Sam 17,45).

La Iglesia siempre navega entre el desprecio del mundo y los consuelos de Dios. **Este es el tiempo en que nos toca a nosotros** dar testimonio de la fe y llevar adelante con la ayuda de Dios la misión que Él nos ha encomendado como ministros suyos. Un intelectual laico francés convertido al catolicismo Fabrice Hadjadj titula a un librito que ha escrito: ***“La suerte de haber nacido en este tiempo”***. Me anima pensar así y aceptar el desafío que supone esta actitud.



3.

EL DON DEL CONCILIO VATICANO II Y LA DIFICULTAD DE SU APLICACIÓN



3 EL DON DEL CONCILIO VATICANO II Y LA DIFICULTAD DE SU APLICACIÓN

El Concilio Vaticano II dio respuesta a inquietudes del mundo católico de su época y supuso un avance en cantidad de temas que la Iglesia demoraba en asumir. Cuando ya ha pasado más de medio siglo de su culminación estamos llamados a tener una mirada sanamente crítica de su aplicación y a asumirlo con una “hermenéutica de la continuidad” y no de ruptura con el pasado. Pablo VI dijo que el Concilio había vuelto, pero no desviado, su mirada hacia el hombre. El encuentro entre Iglesia y cultura secular no fue parejo. No todos los cambios realizados trajeron buenos frutos.

Creo que todos, o la inmensa mayoría de nosotros, concuerda en que el Concilio Vaticano II fue un don del Espíritu a la Iglesia. Leemos sus documentos y decisiones y nos sentimos cordialmente identificados con los grandes aportes que significaron para la vida católica. Por supuesto me adscribo a la visión del concilio expresada por el Papa Benedicto XVI en la **línea de la continuidad y no de la ruptura**. Aquí ya podemos entrar a discrepar con aquellos que ven en el concilio un nuevo comienzo. Para los que así piensan estaríamos en los inicios de una nueva era que cierra el capítulo comenzado por Constantino. Lo vital sería entonces evitar los retrocesos de los que buscan volver a los años preconciiliares. Discrepo con esta postura de “borrón y cuenta nueva” que no asume la historia de la que venimos donde Dios ha actuado en medio de su pueblo.

Cuando terminó el Concilio yo tenía 6 años y mi vida cristiana de niño y adolescente estuvo marcada por escuchar y de a poco comprender algo de lo que había significado el cambio conciliar. Permanentemente se escuchaban cosas diversas, interpretaciones relativistas acerca de la fe y la piedad y se desdeñaba **todo lo considerado malo como “preconciar”**.

No creo que sea éste el lugar de hacer un balance de todo lo que significó el Concilio y su aplicación entre nosotros. Creo sí **que cuando ya ha pasado más de medio siglo nos debemos una mirada autocrítica**. El Concilio hizo que cuajaran una cantidad de propuestas que los católicos más inquietos,

especialmente a partir del trabajo teológico en Francia y Alemania, tenían como aspiraciones justas y necesarias:

- » Una nueva concepción eclesiológica que asumiera la realidad de la Iglesia como misterio, como Cuerpo de Cristo y no solo su descripción como una sociedad visible — la sociedad perfecta — cuyo fundamento en Cristo se reduce a su estructura jerárquica.
- » La apertura ecuménica.
- » El diálogo con el mundo.
- » La vuelta a las fuentes bíblicas y patrísticas.
- » La reforma litúrgica.
- » La libertad de conciencia y la libertad religiosa.
- » El “aggiornamento” de la Iglesia a los cambios rápidos de la sociedad.

Todos estos criterios y reformas fueron vividos y aplicados en nuestra Iglesia y dieron sin duda abundantes frutos. Al mismo tiempo creo que **la ola de entusiasmo, renovación y puesta al día** que significó en el mundo católico y entre nosotros el Concilio se fue apaciguando por una aplicación de las reformas que desconcertó a muchos y que terminó muchas veces aguada por una superficialidad que hizo naufragar gran parte del legado recibido.

San Pablo VI quiso, en el magnífico discurso final del Concilio, hablar de su valor religioso. *“Decimos religioso por la relación directa con Dios vivo, relación que es la razón de ser de la Iglesia y de cuanto ella cree, espera y ama, de cuanto es y hace.”* Y nos decía: ***“La religión del Dios que se ha hecho Hombre, se ha encontrado con la religión -porque tal es- del hombre que se hace Dios ¿Qué ha sucedido? ¿Un choque, una lucha, una condenación? Podía haberse dado, pero no se produjo. La antigua historia del samaritano ha sido la pauta de la espiritualidad del Concilio. Una simpatía inmensa lo ha penetrado todo. Todo esto y todo cuanto podríamos aún decir sobre el valor humano del Concilio, ¿ha desviado***

acaso la mente de la Iglesia en Concilio hacia la dirección antropocéntrica de la cultura moderna? Desviado, no; vuelto, sí.”

¿Desviados o vueltos? Cuando ya ha pasado todo este tiempo parecería que el encuentro entre la religión del Dios hecho hombre y la del hombre hecho dios **no ha sido un intercambio parejo**. Parecería que el hombre secularizado y el mundo han entrado en las puertas abiertas de la Iglesia y se han ido no sin antes intentar amoldarla a sus criterios. Al abrir la puerta para que entraran o al salir a buscarlos muchas veces hemos dejado nuestra propia identidad en un rincón en aras del diálogo y la comprensión del otro. Hoy para muchos ya no somos un interlocutor que interese.

En ese medio siglo ha habidos **luces y sombras** en la vida católica en el mundo occidental pero, desde las serias advertencias del Papa Pablo VI en el inmediato posconcilio hasta ahora, un dato innegable de la realidad es la franca disminución del número de católicos en occidente, la caída de las vocaciones sacerdotales y la disminución estrepitosa de las vocaciones a la vida religiosa. ¿Es sólo el cambio cultural que cayó sobre la Iglesia en medio de los cambios conciliares, o el viento posconciliar también contribuyó a ese cambio cultural? Si esto lo trajéremos, en su debida proporción, a nuestra realidad, creo que habría muchos elementos que hoy podríamos evaluar más serenamente de este “pasado reciente” mirándolo en la perspectiva de la historia de nuestra iglesia. Es una evaluación que estamos llamados a hacer.



4.

CUSTODIAR LA FE FRENTE AL PELIGRO DE LA AUTOSECULARIZACIÓN

4 CUSTODIAR LA FE FRENTE AL PELIGRO DE LA AUTOSECULARIZACIÓN

Ha habido una secularización de la fe. Se habla de una fe “a la uruguaya” que es un humanismo deísta o agnóstico imbuido de valores humanos positivos pero que, al irse alejando de la fuente evangélica, se vuelve un boomerang. Esa “fe madura” ilustrada, humanista, antropocéntrica, se contrapone a una llamada “fe mágica” que cree aún en Dios tal como fue revelado por Jesucristo. En general la “fe a la uruguaya” no engendra católicos mientras que las familias que mantienen esa “fe mágica” la transmiten a sus hijos y esto configura la iglesia de mañana.

Hace unos años en una misión en un asentamiento un hombre nos daba su testimonio que era más o menos así: Vivía en un rancho, tomaba, se drogaba, le pegaba a su mujer. Un día pasaron unos evangélicos por la puerta de su casa a invitarlo. “Dios te salva. Vení con nosotros”. No les dio corte, nos decía, pero a la semana un hermano suyo que vivía en la misma situación se suicidó. Cuando volvieron a pasar por su casa él se resolvió a ir con ellos. **“Descubrí al Señor. Dios me salvó. Dejé la bebida, Dejé de pegarle a mi mujer. Construí mi casa, busqué trabajo. Dios me salvó”.**

Un tiempo antes, aún no era obispo, estaba haciendo la fila para entrar a visitar a unos jóvenes conocidos al COMCAR. Se me acercó un hombre joven, me preguntó si era sacerdote, le respondí que sí, y allí me dio su **testimonio de conversión** en la cárcel gracias a la Palabra de Dios que le habían anunciado los evangélicos y me contaba cómo él ahora, ya libre, volvía a ver a sus antiguos compañeros a anunciarles a Jesucristo porque había experimentado la salvación.

¿Tenemos la misma frescura del anuncio entusiasta de la salvación que Cristo nos trae? Creo que entre nosotros se ha dado una **secularización de la fe**. Se habla a veces de “la fe a la uruguaya”, se la alaba incluso, pero ésta no es otra cosa que un agnosticismo humanista de tipo ilustrado que algunos católicos uruguayos admiran como un paso de madurez.

Muchas veces se ha hablado de una fe antropológica. La religión deja de ser tal, pierde su dimensión propiamente religiosa como la describió Pablo VI

al final del Concilio y solo es un paso para un estadio superior que supone la adhesión a **una estructura de valores significativos que orientan a la persona en torno a un eje central**, dando consistencia y valor a su vida concreta, a la vez que impulsando a entregar la vida al servicio de esos valores. Creer o no en Dios es secundario, se trata de vivir según esos valores que nos unen con otros en la búsqueda del bienestar, el progreso, la justicia y la paz entre los pueblos de la tierra.

Esa fe antropológica se manifiesta en las personas que viven los valores humanos, que en su mayoría son valores también cristianos, sin llegar a la fe religiosa. Para algunos autores ésta sería una maduración de la fe. Desde lo supuestamente mágico se pasa a lo racional, aceptado por todos los hombres de buena voluntad, con el valor agregado de lo supuestamente “científico” que impediría dar el paso a una fe religiosa que tiene mucho de infantil.

Seguramente todos nosotros conocemos **gente estupenda de distintos sectores** políticos o de diversos ámbitos de nuestra realidad que han dejado honda y positiva huella en nuestro país sin tener fe. Es posible que muchos de ellos, no sólo agnósticos y con una mirada benevolente hacia la Iglesia y la fe, sino aún contrarios radicalmente a la Iglesia, fueran sin reconocerlo herederos de la cultura cristiana que dio sustento a su “fe antropológica”.

Así, **desde una “fe madura” y no “mágica”**, se dejan de lado palabras de meridiana claridad: *“El que crea y se bautice se salvará, el que no crea se condenará”* (Mc 16,16) y la teología de la gracia y la justificación de San Pablo: *“Somos justificados por la fe y no por las obras de la ley”* (Rm 3,28; Ga 2,16). Dios encontrará caminos de salvación para ofrecerla a todos los hombres pero a nosotros nos toca, en fidelidad a la Palabra de Dios y a la enseñanza de la Iglesia, anunciar la alegría de la fe, sustento, en la civilización a la que pertenecemos, de todo auténtico humanismo, aunque éste se vuelva agnóstico o descreído. Al mismo tiempo no podemos ser ingenuos, porque cuanto más se desprende este humanismo de su fuente evangélica, más termina siendo como un boomerang que a su paso destruye los fundamentos de la misma cultura basada en el evangelio. Una muestra de ellos lo tenemos en las leyes del aborto y de la eutanasia o en la ideología de género, que se presentan revestidas de humanismo, cuando son destructivas de la vida humana y del orden de la sociedad.

La postura de una “fe madura”, humanista, antropológica, abierta a la trascendencia pero sin fe en el Dios revelado en la tradición católica, sin esa fe llamada despectivamente “mágica”, suele ser presentada como una fe para iniciados. **Este nuevo gnosticismo rechaza esa “fe mágica”** que cree en la resurrección corporal de Jesucristo, en los milagros como hechos reales, en la transustanciación y en la acción eficaz de la gracia.

La fe ilustrada humanista, antropocéntrica, tendrá toda la validez que se quiera para los que la profesan y ha tenido y tiene entre nosotros ejemplos admirables de personas, hombres y mujeres, que han hecho un enorme bien al Uruguay y a su gente, pero no es fe católica.

Por otra parte constato que se da entre nosotros un fenómeno que, **traza una línea divisoria que nuevamente amenaza con diluir la identidad católica de integrantes de la Iglesia.** En general las familias católicas que más se adhieren a esa llamada “fe madura” no han sido capaces de transmitir la fe a sus hijos. Sí les han transmitido valores que éstos después encuentran mejor encarnados en una opción política o en una adhesión a movimientos de tipo humanista, ambientalista, de género, etcétera, que en el seno de la misma Iglesia, cuyos ritos le parecen siempre anquilosados, incomprensibles, vacíos, mágicos.

En cambio los de la llamada “fe mágica” transmiten la fe de la Iglesia a sus hijos con una eficacia un poco mayor y se da en estos ambientes una **renovación de la devoción,** adoración al Santísimo, rezo del rosario, participación en la misa dominical y aún diaria, unido al anuncio del evangelio y al servicio a los más pobres.

Esta descripción es sin duda una simplificación pero, con los distintos matices propios de cada familia y situación, creo que responde a la realidad y que **está teniendo hoy consecuencias** muy importantes a la interna de la vida de la Iglesia.



5.

TRES PROPUESTAS DE CONVERSIÓN PASTORAL

5 TRES PROPUESTAS DE CONVERSIÓN PASTORAL

Lo que aparece como raíz del error es el desvanecimiento de la fe en Jesucristo Salvador tal como la Iglesia lo ha entendido desde siempre a partir de las Escrituras. Un anuncio salvador que siempre implica un compromiso humano, temporal, social, de transformación, pero que mira hacia el cielo. Tres elementos interrelacionados parecen avalar esta afirmación.

Estas situaciones han sido descritas mucho mejor que lo que yo lo puedo hacer en estas breves reflexiones. Sí quiero llamar la atención sobre tres elementos que me parece debemos atender en forma urgente si queremos salvar nuestra fe y la de tantos hermanos de esta segunda ola secularizadora en la que nos encontramos inmersos. El Papa Francisco ha hablado de la conversión pastoral (EG 27-33). Cómo hacer que todas nuestras estructuras tengan una dimensión misionera. Creo que estamos llamados en primer lugar a convertirnos de corazón en **creer que Jesús es el Salvador**. *“Le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará...”* (Mt 2,21) y que efectivamente *“no existe bajo el cielo otro Nombre dado a los hombres, por el cual podamos alcanzar la salvación”* (Hch 4,12). En la fe católica o se cree en el Dios revelado por Jesucristo tal como lo ha enseñado la Iglesia en dos milenios de historia, o la fe se transforma en un humanismo de tinte religioso que pronto será absorbido por opciones más radicales o atrayentes.

De este modo, podemos continuar con un discurso falaz en que la acción de la Iglesia consiste en **transformar las estructuras sociales según el espíritu del evangelio** y donde la dimensión religiosa termina siendo un elemento decorativo de escasa relevancia, o **realizamos la misión de la Iglesia que es el anuncio eficaz de la salvación que nos ha traído Jesucristo** y que, por supuesto, como lo entendían muy bien nuestros abuelos católicos laicos comprometidos con “la causa”, implica también la transformación de las estructuras según el espíritu del evangelio.

Para ello los invito a tener en cuenta estos tres elementos:

- » **1. RECUPERAR DISCURSO BÁSICO DE LA FE.**
- » **2. RECUPERAR EL SENTIDO DEL PECADO ORIGINAL:
SU DOCTRINA Y SABIDURÍA.**
- » **3. RECUPERAR EL SENTIDO INTEGRAL DE LA SALVACIÓN
Y ANUNCIARLA CON ALEGRÍA.**

5.1 RECUPERAR EL DISCURSO BÁSICO DE LA FE

El discurso básico de la fe cristiana que integraba la cultura es desconocido por la mayoría de nuestra gente, de modo especial por los niños y jóvenes de los ambientes populares. En los ambientes católicos tampoco hay un discurso creído y aceptado por todos. Es común una fe subjetiva que cada uno se arma sin una referencia objetiva a las verdades de la fe que integraban el conocimiento básico de todo católico rico o pobre. Entre las verdades de la fe más olvidadas se encuentra la de la inmortalidad del alma y la salvación eterna. No se trata de un retorno al “salva tu alma” individualista. El cristianismo aportó al mundo el concepto de persona que ve al ser humano como un individuo en relación e invita a la superación del individualismo por el amor.

Hace tiempo se habla de la “**caída de los relatos**”, es decir de cómo diversos relatos simbólicos que estaban presentes en la sociedad han caído por la fuerza de los hechos. Esto también se da entre nosotros. Algunos han desarrollado también la idea de que es un elemento de la posmodernidad la caída de los “grandes relatos” entre los cuales estaría el cristiano.

Tomando pie de esta reflexión creo que **se nos ha caído el discurso básico de la fe cristiana**. No me refiero aquí a las grandes narraciones de nuestra fe que son histórico-religiosas sino a la percepción más sencilla del sentido de la fe. El relato simple y accesible al pueblo, a toda persona: rica o pobre, intelectual o poco instruida; pero que, como suele suceder, cuando se pierde termina afectando más a los más pobres. “*Una fe que se disuelve en el equívoco no puede fecundar nada*”.⁶

Este discurso de la fe ha sido muchas veces sintetizado en diferentes catecismos, era lo que las familias trasmitían de generación en generación y que luego en el catecismo o en las escuelas católicas se aprendía. Estos elementos daban a todas las personas un marco antropológico sobre

la vida y la muerte, el sentido del dolor, la libertad y la responsabilidad personal, el sentido del pecado y la confianza en la misericordia de Dios y en su providencia.

Hoy no existe un discurso común, sencillo, aceptado por todos los católicos. Existen relatos diversos donde cada uno pone o saca algún elemento del conjunto de la fe sin que se le mueva “un pelo católico” al decir la herejía que se le ocurra, al decir “su encare” personal de la fe, totalmente subjetivo, sin que se respete una norma básica objetiva de la fe. Todo ha sido cuestionado, todo puede pasar por la opinología. Tomo del “supermercado de la fe católica” los elementos que me parecen potables, aceptables, que son biensonantes a mis oídos modernos. Es imposible de este modo transmitir con solidez la fe.

Algunas veces pienso que **si Dios fuera finalmente un invento humano**, si la fe cristiana fuera una construcción de obispos, emperadores y concilios que no tiene que ver con una revelación del mismo Dios, pues que cada uno la invente como mejor le venga en gana. Que cada uno invente a Dios a su manera y haga su “surtido de fe”; si Jesús es o no persona divina, si resucitó o no, si María era virgen; si existe el alma; si hay cielo, infierno y purgatorio; si habrá un juicio; si resucitamos o nos reencarnamos, etcétera.

Si Dios existe verdaderamente y se ha revelado en Jesucristo, si el Cuerpo de Cristo presente en la historia es (o “subsiste en”⁷) la Iglesia Católica fundada sobre la fe de Pedro y el colegio apostólico, lo que cabe en primer lugar es aprender, estudiar, descubrir y no inventar la fe. Y por lo tanto servir al Señor y a la gente, especialmente a los más pobres transmitiendo **la verdad del evangelio: la salvación que viene del Señor.**

¿Cuál es este discurso básico de la fe? Tomo un ejemplo antiguo que tiene el sabor de ese esfuerzo misionero por poner los fundamentos de la fe al alcance de la gente sencilla. Podemos encontrar otros muchos. El que aquí traigo es el del catecismo del concilio limense del siglo XVIII. Como otras veces lo ha hecho la Iglesia, se elaboró un catecismo mayor y

7 *Lumen Gentium 8 usa esta expresión.*

uno menor, pero éste tiene además una síntesis mínima con aquello que considera imprescindible que se acepte para el bautismo.

“LA SUMA DE LA FE CATÓLICA

Lo que se ha de enseñar a los que por enfermedad peligrosa se bautizan, y asimismo, a los viejos y rudos que no son capaces de catecismo más largo,(...) es lo siguiente:

1. De Dios. Que hay un solo Dios, hacedor de todas las cosas. El cual, después de esta vida, da gloria eterna a los buenos que le sirven, y pena eterna a los malos que le ofenden.

2. De la Trinidad. Que este Dios es Padre, Hijo y Espíritu Santo, que son tres personas y tienen un mismo ser. Y, así, no son tres dioses, sino uno solo.

3. De Jesucristo. Que el Hijo de Dios verdadero se hizo hombre por nosotros, y éste es Jesucristo, el cual con su muerte y sangre nos redimió de nuestros pecados, y resucitó y vive para siempre.

4. De la Santa Iglesia. Que para ser salvo el hombre se ha de hacer cristiano, creyendo en Jesucristo, pesándole de sus pecados y recibiendo el santo bautismo, o, si ya es bautizado y ha tornado a pecar, confesando sus culpas al sacerdote. Así, que recibiendo los sacramentos y guardando la ley de Dios, será salvo.”

A este Suma de la fe católica le seguían nueve preguntas básicas. Allí **los “viejos y rudos” tenían los elementos clave de la fe**, el sentido de sus vidas. Decían las tres últimas:

P. ¿Cuál es el bien del hombre?

R. Conocer a Dios y alcanzar su gracia y amistad, y gozar de él después de esta vida en el cielo.

P. ¿Pues, hay otra vida después de ésta para los hombres?

Sí, hay, porque las ánimas de los hombres no mueren con los cuerpos, como las bestias, mas son inmortales y nunca se acaban.

P. ¿Cómo alcanza el hombre la gracia de Dios en esta vida, y después de ella la vida eterna del cielo?

R. Creyendo en Jesucristo y guardando su Ley”.

En estas breves síntesis, ni qué decir en el credo apostólico o el niceno constantinopolitano, o en el credo del pueblo de Dios de San Pablo VI, muchos de nuestros agentes pastorales hoy no se reconocen o lo toman como parte del “adorno religioso”, del **barniz trascendente que tiene lo que de verdad importa que es “ser buenos” o, un poco mejor, ser cristianos comprometidos** para transformar las estructuras sociales según el espíritu del evangelio.

¿Qué es lo que procuraban que tuvieran claro los “viejos y rudos” del Perú del siglo XVIII y que no tiene claro un católico uruguayo del siglo XXI? ¿Cuáles son las verdades de fe que hoy casi no se mencionan y que tocan lo más importante y concreto de su vida personal? Entre los diversos elementos que hacen a la integridad armónica de la fe católica creo que sobre todo hoy no aparece en el horizonte de la fe estas verdades: **La inmortalidad del alma, la salvación eterna y la terrible posibilidad de la condenación.** ¿Se trata de reducir el evangelio a la salvación individual, de un regreso al “salva tu alma” de las cruces misioneras? Ciertamente que no. Se trata sí de no olvidar esta dimensión esencial de la fe y la vivencia cristiana.⁸ La reciente carta *Placuit Deo* ha

⁸ *¿Es un dualismo platónico hablar de inmortalidad del alma ahora que hemos descubierto la antropología bíblica con un sentido más unitario de la realidad humana? Henri de Lubac advertía del peligro de caer en un biblicismo estrecho que dejando de lado la tradición asume acriticamente la cultura moderna. La Congregación para la Doctrina de la Fe en 1979 en la Carta sobre algunas cuestiones de escatología dice: “La Iglesia afirma la supervivencia y la subsistencia, después de la muerte, de un elemento espiritual que está dotado de conciencia y de voluntad, de manera que subsiste el mismo «yo» humano. Para designar este elemento, la Iglesia emplea la palabra «alma», consagrada por el uso de la Sagrada Escritura y de la Tradición. Aunque ella no ignora que este término tiene en la Biblia diversas acepciones, opina, sin embargo, que no se da razón alguna válida para rechazarlo, y considera al mismo tiempo que un término verbal es absolutamente indispensable para sostener la fe de los cristianos.”*

vuelto a recordar: *“Es la persona completa, de hecho, en cuerpo y alma, que ha sido creada por el amor de Dios a su imagen y semejanza, y está llamada a vivir en comunión con él”*.⁹

Parte de la filosofía práctica del laicismo secularizador uruguayo se expresaba en hacer de la existencia un *“un viaje placentero por la vida”*. **Nuestro compromiso por un mundo más justo y fraterno nunca puede olvidar el horizonte del destino eterno** de la existencia humana. Se trata de anunciar: *“No una salvación puramente inmanente, a medida de las necesidades materiales o incluso espirituales que se agotan en el cuadro de la existencia temporal y se identifican totalmente con los deseos, las esperanzas, los asuntos y las luchas temporales, sino una salvación que desborda todos estos límites para realizarse en una comunión con el único Absoluto Dios, salvación trascendente, escatológica, que comienza ciertamente en esta vida, pero que tiene su cumplimiento en la eternidad.”*¹⁰

Como más de una vez lo hemos hablado **falta el kerygma**, el anuncio que resonó con fuerza en Pentecostés y que en una sociedad nuevamente pagana tiene que tocar la vida de cada persona con un anuncio de salvación: *“El Dios de nuestros padres ha resucitado a Jesús, al que ustedes hicieron morir suspendiéndolo del patíbulo. A él, Dios lo exaltó con su poder, haciéndolo Jefe y Salvador, a fin de conceder a Israel la conversión y el perdón de los pecados”*. (Hech 5,31-32).

La experiencia de finitud y la conciencia de la necesidad del otro — de recibir o dar atención y cariño a las personas que queremos o de parte de ellas hacia nosotros — a la que nos ha enfrentado la pandemia puede ayudarnos a tomar conciencia de cómo el kerygma toca a la humanidad entera pero lo hace justamente en la medida en que **toca muy concretamente mi vida y la vida de los que amo**. La pandemia pone en evidencia que la disociación entre la salvación individual y la comunitaria no responde a la realidad. Cuidarme y cuidar a los que amo está unido a cuidar a todos, pero es posible que si esta realidad no me toca directamente a mí, pequeño y frágil pecador que me debato entre vida y muerte, gracia y pecado, salvación y perdición, en cada instante de

9 *Placuit Deo 7*

10 *Evangelii Nuntiandi 27*

mi vida, tampoco llegue a comprender qué significa que Cristo toca la existencia personal como el Salvador que por mí se ha hecho hombre y ha muerto en la cruz para salvarme. “*Me amó y se entregó por mí*” (Gal 2,20) dice san Pablo.

A su vez la situación de pandemia vuelve a poner sobre el tapete de la existencia de las personas comunes esta realidad: **me cuido en la medida en que me afecta**, me descuido en la medida en que veo lejano el peligro. También aquí podemos ver la verdad, la bondad y la belleza de una visión católica de la realidad, que no oculta la inclinación egoísta del corazón del hombre detrás de ideales voluntaristas o apelaciones emotivistas, sino que lo invita a superar el individualismo por medio del amor evangélico.

Uno de los grandes aportes del cristianismo a la humanidad ha sido precisamente el concepto de persona. En el concepto de persona se articula la dignidad de cada individuo en tanto amado infinitamente por Dios con la dimensión comunitaria, en tanto este individuo es él mismo no aisladamente sino en cuanto abierto a la relación con Dios, con el prójimo, con la creación y, en tanto ser autoconsciente, a la relación consigo mismo. De allí que al concepto de persona corresponda la noción de libertad y responsabilidad en la vivencia de estas relaciones. En ellas la persona se juega su destino eterno, su salvación o perdición eterna. El querer divino es salvar a los hombres no aisladamente sino constituyendo un pueblo, como enseña *Lumen Gentium* (LG 9), y nos lo ha recordado el Papa Francisco: “*Nadie se salva solo, esto es, ni como individuo aislado ni por sus propias fuerzas. Dios nos atrae teniendo en cuenta la compleja trama de relaciones interpersonales que supone la vida en una comunidad humana.*”.¹¹

Esto no es colectivismo, ni quita nada a la dignidad de cada persona humana que, en libertad y fiel a su conciencia, toma sus propias decisiones de las que es responsable. En definitiva, Dios salva a la persona humana; ni una visión individualista ni una colectivista, ni una visión meramente interior ni una que desconozca la dimensión corporal, dan cabal cuenta de la integralidad de la salvación.¹² Ciertamente solo Dios juzga justamente y sabe los condicionamientos que hay tras toda decisión personal, pero **Dios nos ha creado libres y esto constituye la suprema dignidad humana.**

11 *Evangelii Gaudium* 113

12 *Cfr Placuit Deo* 13

5.2 EL PECADO ORIGINAL: DOCTRINA Y SABIDURÍA

Lo contrario de la salvación es el pecado y la muerte. La secularización de la fe hace desaparecer la noción de pecado. El hombre lleva en sí la herida del pecado original que lo empuja hacia el mal y hace que necesite la redención. La pérdida de esta noción tiene grandes consecuencias. A nivel social ha llevado a los errores antropológicos que están en la base de los totalitarismos del siglo XX. A nivel de la vida sacerdotal y religiosa a un abandono de la sabia disciplina de la Iglesia. A nivel personal a una ingenuidad sobre la naturaleza humana que no se condice con la realidad y que nos hace perder el sentido de la libertad responsable. Paradójicamente “La vida se hace verdaderamente alegre y ‘vivable’ cuando creemos en el pecado original.”

Es posible que muchas veces hayamos escuchado la queja de algunos fieles mayores que dicen: *“antes todo era pecado, hoy no se sabe qué es pecado y qué no”*. Desde Pío XII al menos, se habla del **oscurecimiento del sentido del pecado**.¹³ Si no hay noción de pecado se hace innecesaria o superflua la redención. Esto tiene consecuencias pastorales innegables y es uno de los elementos que está más presente en nuestra realidad pastoral. Muchas veces se vive la noción de pecado como un peso que me viene de fuera, una culpa que me imponen y que me quita libertad y vida.

El origen de este oscurecimiento del sentido del pecado tiene sus raíces en **la negación del pecado original** que arranca al menos desde Rousseau y su “buen salvaje” (siglo XVIII) con devastadoras consecuencias sociales y políticas.

San Pablo VI en el Credo del Pueblo de Dios profundizó aquellos aspectos del dogma que en el inmediato posconcilio eran rechazados o diluidos. Por ello dedicó un apartado especial al dogma del pecado original: 16. *Creemos que todos pecaron en Adán; lo que significa que la culpa original cometida por él hizo que la naturaleza, común a todos los hombres, cayera en un estado tal en el que padeciese las consecuencias de aquella culpa. (...) Así, pues, esta naturaleza humana, caída de esta manera, destituida del don de la gracia del que antes estaba adornada, herida en sus mismas*

13

También el documento de Aparecida se refiere a ello 177

fuerzas naturales y sometida al imperio de la muerte, es dada a todos los hombres; por tanto, en este sentido, todo hombre nace en pecado. Y de ahí la necesidad de la redención: 17. Creemos que nuestro Señor Jesucristo nos redimió, por el sacrificio de la cruz, del pecado original y de todos los pecados personales cometidos por cada uno de nosotros, de modo que se mantenga verdadera la afirmación del Apóstol: Donde abundó el pecado sobreabundó la gracia (cf. Rom 5,20).

En el contexto de la modernidad, con su confianza ciega en el poder de la razón del hombre, esta negación del pecado original condujo a los **errores antropológicos** sobre la que se asentaron los totalitarismos que oscurecieron la historia del siglo XX. Así lo afirmaba San Juan Pablo II:

*“Por otra parte, **el hombre creado para la libertad lleva dentro de sí la herida del pecado original que lo empuja continuamente hacia el mal y hace que necesite la redención.** Esta doctrina no sólo es parte integrante de la revelación cristiana, sino que tiene también un gran valor hermenéutico en cuanto ayuda a comprender la realidad humana. (...) El orden social será tanto más sólido cuanto más tenga en cuenta este hecho...”*¹⁴

En el contexto de la postmodernidad la pérdida de la noción de pecado original ha conducido a una **ingenuidad respecto de la bondad de los sentimientos e instintos del hombre** que está en la base de mucho de los males sociales actuales. Según esta concepción el “pecado original” no está en el hombre sino en la sociedad y la cultura, que debe ser deconstruida para que los individuos sean verdaderamente libres y pueda desarrollarse todo lo que hay en ellos que es puro y noble cuando no es contaminado desde fuera. El sesgo totalitario con el que se van imponiendo estas ideas se hace cada vez más evidente.

¿Qué sabiduría clave, antropológica, al alcance de cualquier persona nos da este “dogma del pecado original”? Lo que constatamos empíricamente en nosotros y en los demás: *“que existe una contradicción en nuestro ser. Por una parte, todo hombre sabe que debe hacer el bien e íntimamente también lo quiere hacer. Pero, al mismo tiempo, siente otro impulso a hacer*

lo contrario, a seguir el camino del egoísmo, de la violencia, a hacer sólo lo que le agrada, aun sabiendo que así actúa contra el bien, contra Dios y contra el prójimo".¹⁵ El genial Chesterton decía: *"algunos nuevos teólogos niegan el pecado original, que es la única parte de la teología cristiana que puede de verdad ser probada"*.

En la vida pastoral la ausencia del sentido de pecado tiene consecuencias muy concretas: nos creemos buenos y nos llevamos enormes decepciones de nosotros mismos y de los otros, no se ve la necesidad de la reconciliación, se comulga como un derecho adquirido y por lo tanto muchas de estas comuniones no se hacen en las debidas condiciones. Se pierde el sentido de la libertad y de la responsabilidad personal, se olvida el concepto básico cristiano de ser administrador y no dueño absoluto de mi vida, de mis dones y de mis bienes y que un día deberé dar cuenta de los talentos recibidos. Muchos sacerdotes no tienen fieles que les pidan el sacramento de la reconciliación en su parroquia y no encuentran el modo adecuado de acercarlos al sacramento.

Esta falta de sentido de pecado toca de raíz **nuestra educación católica que termina basándose en valores y no en virtudes.** Muchos de los educadores tienen incorporada esta visión "rousseauiana" y no la visión cristiana sobre el hombre: los chicos son buenos, lo que hacen está bien, no les compliquemos la vida. Se muestran los valores a los que están llamados a adherir pero más difícilmente se les enseña un camino de adquisición de virtudes que supone una lucha contra esa tendencia al mal que es consecuencia del pecado original. Sin esta concepción de "combate de la fe" lo cristiano se diluye, la entrega de Cristo en la cruz pierde centralidad y el ser cristiano deja de tener el impulso del desafío para pasar a ser algo anodino. No se educa personalidades fuertes en el amor, que implica sacrificio, sino seres egoístas y caprichosos. Si Jesús es el amigo que me hace el aguante en todas y legitima todo lo que pienso, siento y hago, nunca será mi salvador. Los santos educadores tenían bien clara esta realidad del pecado y de la necesidad de la gracia.

Muchísimas congregaciones religiosas modernas realizaron una ímproba tarea en la que atendieron los más diversos aspectos de las necesidades

15

Benedicto XVI, audiencia general del 3 de diciembre de 2008.

humanas y de un modo especial lo educativo. **Dieron respuesta a las necesidades del mundo sin complejos ni dicotomías.** Los fundadores tenían muy claro la primacía de la gracia y por eso mismo la educación que impartían procuraba ser la mejor en todos los ámbitos humanos (académicos, científicos, artísticos, deportivos, etcétera) porque miraba hacia la vida eterna y por ello exigía el estar con los pies en la tierra. Permítanme que cite a Don Bosco. Su lema era *“Da mihi animas coetera tolle”, “dame almas, llévate lo demás”*. Su pasión fueron las almas y su redención, así lo subrayó Pío XI que lo conoció personalmente como sacerdote y luego fue el Papa que lo canonizó. Precisamente porque tenía claro el sentido integral de la salvación, obviamente según las categorías teológicas de su época, Don Bosco procuraba al mismo tiempo que sus escuelas y sus talleres estuvieran a la vanguardia, y atendía a sus adolescentes pobres brindándoles herramientas para desarrollarse en todas las dimensiones de la vida: espiritual, física, emocional, artística, deportiva.

A su vez el compromiso temporal de nuestros mayores en la Iglesia uruguaya, sobre todo de los laicos: compromiso social, político, sindical, vivido desde siempre en estos 400 años de presencia en esta tierra nuestra, debería hacernos reflexionar sobre el verdadero sentido del pecado y de la salvación, aprendido y vivido en la fe católica. Esto lejos de atenuar el compromiso con la historia siempre ha sido **un sello de autenticidad de la fe.**

El oscurecimiento del sentido del pecado tiene consecuencias también en **la disciplina de la vida de la Iglesia**, en el clero pero más aún en la vida religiosa. Los superiores pasan a ser coordinadores o animadores; la regla es un horizonte inspirador; la oración personal o comunitaria se abandona fácilmente; la obligación del rezo de la liturgia de las horas es una propuesta a mi libertad pero no mi “oficio”. Verlo como obligación contraría mi sentido de autonomía y no me deja rezar como el Señor me inspira. Esta negación de la norma hace casi imposible el crecimiento espiritual de personas normales, es decir cristianos en lucha contra el pecado que quieren vivir en el sacerdocio y en la vida consagrada un camino de santidad.

Muchas veces se crea entre nosotros un ambiente secularizado que **no da herramientas adecuadas para el combate de la vida cristiana por una ingenuidad asombrosa**, roussoniana, que en la práctica niega la necesidad que tenemos muchas veces de andadores para avanzar cada día más en la

libertad interior que es la verdadera libertad. Hoy vemos a muchos cuidando su cuerpo haciendo ejercicios y dietas y nosotros hemos descuidado los ejercicios del espíritu, la ascesis, que nos prepara y nos sostiene en el seguimiento de Cristo.

Podríamos preguntarnos también si los **escándalos de abusos sexuales** que son una tragedia para quienes los padecieron y que han generado una herida abierta en el corazón de la Iglesia, no tienen que ver también con esta ausencia de realismo sobre la condición humana que lleva a una falta de oración y de ascesis y a dejar de ser custodio de mí mismo y de mis hermanos.

Muchos caminos o propuestas actuales parecen hechas para personas confirmadas en gracia y no para simples y normales pecadores necesitados siempre **de conversión y buen humor**. Chesterton decía: *“La vida se hace verdaderamente alegre y ‘vivable’ cuando creemos en el pecado original.”* El maestro de las paradojas, como se lo conoce, lo afirmaba como una de las razones de su optimismo realista que lo curaba de los asombros ante el pecado en el que a veces caemos en esta sociedad marcada por la falsedad y el autoengaño. En cambio, continúa este inglés genial: *“El hombre corriente puede ser considerado como un soldado que está con otros, ocupados en luchar contra el mismo enemigo. Una vez que los hombres están bajo el pecado original, ¡qué espléndidos son!”*

El pecado es el hombre que falla a sí mismo, a su vocación, a su llamado a vivir en la comunión con Dios, con sus hermanos, consigo mismo, en armonía con la creación. Este fallo del hombre mismo que rechaza a Dios y a su Ley lo percibimos también en **situaciones de pecado** que están presentes en la vida social y en tantas estructuras pero la Iglesia nos enseña que: *“la raíz de las situaciones injustas es, en sentido propio y primordial, un acto voluntario que tiene su origen en la libertad de la persona. Sólo en sentido derivado y secundario se aplica a las estructuras y se puede hablar de ‘pecado social’.”*¹⁶

En definitiva **si no hay Dios no hay pecado**, si no hay sentido de la dignidad de la persona y su libertad no hay pecado. El pecado hace referencia a una ruptura de la alianza. Para los que creemos o queremos creer en el Dios

revelado por Jesucristo, la noción de pecado no es opresiva ni deprimente sino liberadora. Nos explica a nosotros mismos y a la realidad y nos abre a la experiencia de un amor infinito: *“la prueba de que Dios nos ama es que Cristo murió por nosotros cuando todavía éramos pecadores.”* (Rm 5,8). Y aun para nuestra total paz espiritual de pecadores arrepentidos que nos acogemos a la misericordia de Dios: *“Él canceló el acta de condenación que nos era contraria, con todas sus cláusulas, y la hizo desaparecer clavándola en la cruz.”* (Col 2,14).

Una catequesis adecuada sobre el pecado y la gracia nos permite vivir la alegría espiritual del perdón y la reconciliación. **Anunciar la victoria de Cristo es así anunciar nuestra propia victoria** al alcance de toda persona que puede captar perfectamente las realidades sencillas de la antropología cristiana porque coinciden con su experiencia vital.

5.3 RECUPERAR EL SENTIDO INTEGRAL DE LA SALVACIÓN Y ANUNCIARLA CON ALEGRÍA

San Juan Pablo II en Redemptoris Missio nos advierte en el ya lejano 1990 que se ha dado una “gradual secularización de la salvación”. Esto hace del cristianismo no un acontecimiento de gracia sino un pelagianismo revivido con cierto toque sentimental. Esta secularización de la experiencia básica cristiana tiene consecuencias en todos los órdenes: vacía de sentido la vida sacerdotal y religiosa, hace absurda la celebración de los sacramentos, destruye el fervor misionero y la pastoral vocacional. La salvación es el don de la vida nueva que Cristo nos ha obtenido por la sangre derramada en la cruz y que hoy encontramos en la Iglesia especialmente en los sacramentos. Los hombres por puro don de Dios podemos colaborar libremente en la obra de nuestra salvación. El Señor nos hace así testigos de su Reino de libertad, justicia y paz.

En uno de los prefacios de la santa Misa (Común II) encuentro una de las más concisas y claras formulaciones del kerygma: **“Tú creaste al hombre por amor y aunque condenado justamente, con tu misericordia lo redimiste, por Cristo, Señor nuestro.”**

Entre tantas formulaciones de las Sagradas Escrituras tomo el de san Pablo en la Carta a los Efesios:

*“Ustedes estaban muertos a causa de las faltas y pecados que cometían, cuando vivían conforme al criterio de este mundo, (...) Pero Dios, que es rico en misericordia, por el gran amor con que nos amó, precisamente cuando estábamos muertos a causa de nuestros pecados, nos hizo revivir con Cristo **-¡ustedes han sido salvados gratuitamente!**- y con Cristo Jesús nos resucitó y nos hizo reinar con él en el cielo.”* (EF 2,1-2.4-6)

El discurso básico cristiano, aquello que hace al núcleo de la fe que toca mi vida es que **Cristo me salva, me libera del pecado y de la muerte, cura mis heridas como el buen samaritano y entre los dolores y gozos de esta vida me da la esperanza de una vida feliz para siempre en el cielo.** Me da vida eterna. Esta expresión como muy bien explica Benedicto XVI no se refiere a un

vivir para siempre que podemos imaginarlo desde nuestras categorías como algo aburrido y al final insoportable sino que es: *“sumergirse en el océano del amor infinito, en el cual el tiempo –el antes y el después– ya no existe.(...) es la vida en sentido pleno, sumergirse siempre de nuevo en la inmensidad del ser, a la vez que estamos desbordados simplemente por la alegría”*.¹⁷

Nuestro anuncio de Cristo Salvador es, según el corazón de la fe cristiana, con el **ancla de la esperanza en el cielo y al mismo tiempo comprometidos** con todas nuestras fuerzas en la historia concreta en la que Jesucristo me ofrece la salvación que comienza ya ahora pero que tiene un horizonte trascendente. *“Él no fue un filántropo que se hizo cargo de los sufrimientos y de las enfermedades humanas: fue y es mucho más. En Él no hay solamente bondad: hay algo más, está la salvación, y no una salvación episódica – la que me salva de una enfermedad o de un momento de desánimo – sino la salvación total, la mesiánica, la que hace esperar en la victoria definitiva de la vida sobre la muerte”*.¹⁸

¿Qué es lo que ha sucedido?

Muchas veces el mensaje de salvación queda diluido en una **confusa moral de la solidaridad y del “buenismo”** a la que me invita Jesús como pueden invitarme otros prohombres de la humanidad. No es necesario entonces ser cristiano. El cristianismo se transforma así en un pelagianismo, es decir una fe voluntarista, revivida con un toque sentimentalista. En cambio, como ha enseñado Benedicto XVI y reitera Francisco: *“No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva”*.¹⁹

El Papa San Juan Pablo II lo hizo explícito hace 30 años²⁰ en su encíclica *Redemptoris Missio*: *“La tentación actual es la de reducir el cristianismo a una sabiduría meramente humana, casi como una ciencia del vivir bien. En un mundo fuertemente secularizado, se ha dado una ‘gradual secularización de la salvación’, debido a lo cual se lucha ciertamente en favor del hombre,*

17 *Spes Salvi* 12

18 *Papa Francisco, Audiencia general, miércoles 16 de junio 2021*

19 *Benedicto XVI Deus Caritas est 1 citado por Francisco es Evangelii Gaudium 3*

20 *San Pablo VI lo había señalado de diversas maneras en Evangelii Nuntiandi (por ej. EN 35)*

pero de un hombre a medias, reducido a la mera dimensión horizontal. En cambio, nosotros sabemos que Jesús vino a traer la salvación integral, que abarca al hombre entero y a todos los hombres, abriéndoles a los admirables horizontes de la filiación divina".²¹

Esta advertencia de San Juan Pablo II, respecto a la "gradual secularización de la salvación", es lo que por aquí y por allá se ha ido colando en nuestra vida cristiana. De este modo no engendramos cristianos sino "jesusianos" que creen en el "amigo que nos ama", pero no cristianos que hemos sido salvados por la sangre de Jesús derramada en la cruz para el perdón de nuestros pecados.

Al no haber sentido del pecado, no tiene lugar la salvación. De esta forma el cristianismo se transforma en una moral medio lavada, en un "buenismo" utópico; como decía san Juan Pablo II en una "ciencia del vivir bien". Al inicio de este proceso la fe fue sustituida por las ideas racionales y los ideales de paz y justicia universales que se desprendían de ella. A medida que la aridez de esa fe racional fue esterilizando el campo de la Iglesia ha ido ganando terreno una fe sentimentalista e intimista y "una visión de la salvación meramente interior (...) que no llega a asumir, sanar y renovar nuestras relaciones con los demás y con el mundo creado".²²

Esta secularización de la salvación tiene consecuencias en todos los órdenes de la vida cristiana y es un cáncer a la hora del anuncio del evangelio. Vacía de sentido la vida sacerdotal y religiosa, hace absurda la celebración de los sacramentos, destruye el fervor misionero y la pastoral vocacional.

En la teología católica aprendimos que frente al "aut aut" está el "et et"²³. Es decir la teología católica tiene la armonía bella de la verdad. No se trata ahora de pasar a un concepto de salvación restrictiva: la salvación individual del alma como meta única y reductiva del evangelio de Jesucristo. Se trata de no desconocerla o de dejarla de lado casi como una proposición herética.

21 *Redemptoris Missio* 11

22 *Placuit Deo* 2

23 Recordemos que en la teología católica se insiste muchas veces que frente a la opción entre "esto o lo otro" (aut aut), la solución es "esto y lo otro" (et et).

San Juan Pablo II en *Redemptoris Missio* y más recientemente la carta *Placuit Deo* van desarrollando **las distintas facetas del concepto de salvación** integrando los elementos diversos que manifiestan la plenitud de la acción salvífica de Cristo. Cuando se absolutiza algunos de estos aspectos se neutraliza esta realidad que es la experiencia básica de la fe y que es el don que, por pura gracia, estamos llamados a recibir y a testimoniar ante nuestros hermanos.

*“Teniendo en cuenta la **perspectiva salvífica que desciende** (de Dios que viene a rescatar a los hombres), Jesús es iluminador y revelador, redentor y liberador, el que diviniza al hombre y lo justifica. **Asumiendo la perspectiva ascendiente** (desde los hombres que acuden a Dios), Él es el que, como Sumo Sacerdote de la Nueva Alianza, ofrece al Padre, en el nombre de los hombres, el culto perfecto: se sacrifica, expía los pecados y permanece siempre vivo para interceder a nuestro favor (...) el sentido descendiente testimonia la primacía absoluta de la acción gratuita de Dios; la humildad para recibir los dones de Dios, antes de cualquier acción nuestra, es esencial para poder responder a su amor salvífico. Por otra parte, el sentido ascendiente nos recuerda que, por la acción humana plenamente de su Hijo, el Padre ha querido regenerar nuestras acciones, de modo que, asimilados a Cristo, podamos hacer ‘buenas obras, que Dios preparó de antemano para que las practicáramos’ (EF 2, 10)”.*²⁴

Los dones recibidos ya en nuestra vida terrena por medio de la Iglesia nos preparan para los **dones futuros de la redención**: la resurrección corporal, la vida eterna y la glorificación de los hijos de Dios; la visión de Dios cara a cara, la comunión de los santos, los nuevos cielos y la nueva tierra; la derrota de la muerte, enemigo último del hombre.

Cristo continúa hoy su obra salvadora por medio de la Iglesia, que anuncia el evangelio, vive cotidianamente la caridad en la comunidad y en el servicio, celebra los sacramentos y actualiza cada día el sacrificio pascual en la Eucaristía. Ser cristiano es seguir a Cristo en la fe, la esperanza y la caridad. Como miembros de su Cuerpo, que es la Iglesia, los cristianos guiados por Espíritu Santo, acogemos el don de la salvación y maduramos en la gracia la comunión con Dios para la

que fuimos creados y que nos impulsa al amor al prójimo. Nuestra vida se hace respuesta agradecida mediante *“la fe que obra por medio del amor”* (Gal 5,6). El rostro de Cristo se nos transparenta en el hermano que sufre, al que queremos servir y en la belleza de la creación, que somos llamados a custodiar. El Papa Francisco nos recuerda que nuestra respuesta de amor no debe entenderse como una suma de gestos personales dirigidos a algunos individuos necesitados, la propuesta es el Reino de Dios: amar a Dios que reina en el mundo.²⁵

El Reino se hace así presente en nosotros. Es Jesucristo Salvador que reina, cuya acción soberana se percibe por la fe en los claros y oscuros de la historia y que nos quiere **colaboradores suyos para su crecimiento misterioso**. Vemos reflejada en muchas personas, aun en la fragilidad de su peripeca humana, las bienaventuranzas del evangelio: la pobreza de espíritu, el hambre y la sed de justicia, la pureza de corazón, la construcción de la paz. En la medida que Él reine, nos recuerda el Papa Francisco, *“tanto el anuncio como la experiencia cristiana tienden a provocar consecuencias sociales”*.²⁶

El equilibrio de la teología católica se manifiesta así en su esplendor en la doctrina de la justificación del pecador. Dios nos ha creado libres para que nosotros podamos hacernos partícipes en la obra de nuestra propia redención, permitiendo así unir nuestros méritos a los de Cristo por la acción del Espíritu Santo que obra en nosotros.

En definitiva, **Jesucristo también hoy me salva y nos salva del pecado y de la muerte**. *“Sus heridas nos han curado”* (1Pe 2,24). Me da su vida nueva por los sacramentos de la Iglesia. Me inserta en la vida dichosa de su Pueblo²⁷, pueblo de la nueva y eterna Alianza. Al crearme libre y al redimirme por su gracia me hace partícipe con otros de su obra de salvación por la acción del Espíritu Santo, dándome la posibilidad de ser testigo de su Reino de verdad, libertad, justicia y amor. Me espera como Juez Misericordioso al final de mi camino terreno y me da la posibilidad de ocupar el lugar que me ha preparado en su reino eterno, de purificarme de mis pecados si lo necesito o también

25 Cfr *Evangelii Gaudium* 180

26 *Evangelii Gaudium* 180

27 *“Es la Iglesia santa, la viña elegida de Dios, cuyos sarmientos llenan el mundo entero, cuyos renuevos, adheridos al tronco, son atraídos hacia lo alto, al reino de los cielos.”* Del Ritual de dedicación de una iglesia.

podrá rechazarme como a aquellos cabritos de la parábola que no lo supieron reconocer en el hermano que sufre. Finalmente, si he sido salvado, por su bondad me resucitará para la vida gloriosa al final de los tiempos. Esta es nuestra esperanza y anhelo, pero es también el desafío permanente a nuestra libertad y búsqueda de la verdad.

Este don de la salvación, con algunas diferencias doctrinales importantes, es el que anuncian hoy con sorprendentes resultados de adhesión muchos hermanos evangélicos en los ambientes populares. No me refiero aquí a las pseudoiglesias que buscan un rédito económico sino a comunidades cristianas que anuncian la salvación de Cristo que toca la vida y la transforma. Con alegría he constatado también como grupos católicos y parroquias imbuidas de espíritu misionero anuncian con frutos el don de la salvación en ambientes populares con una propuesta de conversión que llena de gozo a quienes la acogen. Este es posiblemente hoy nuestro mayor desafío pastoral. El siervo de Dios Padre Cacho Alonso decía en 1984 en una charla en el Colegio Pío Latinoamericano de Roma: *“hay mucha pobreza, una pobreza atípica con el resto del continente, porque nuestro pueblo no tiene ese sedimento de fe que tiene el resto de los pueblos latinoamericanos... Es un pueblo al que se le cortaron los caminos hacia Dios...”*.²⁸ **Anunciar a Cristo Salvador y colaborar en el dinamismo de su Reino en la historia**, especialmente en los barrios más populares de Montevideo, es un camino ineludible en nuestra marcha pastoral.

En una misión en el Cerro de Montevideo un hombre muy querido del barrio Jardines del Hipódromo se mandó una de las **mejores predicaciones** que he escuchado en mi vida. El razonamiento fue sencillo. Desde su propia experiencia este hombre ya veterano le decía a la gente del asentamiento que rodea la Fortaleza: *“La cosa es clara: de una lado la cárcel o la tumba, del otro la Palabra de Dios que salva”*.

28 En Charla de Padre Cacho en el Colegio Pío Latinoamericano de Roma en Romero Magliocca, Julio César, *Un Cacho de Dios*, p.65



6.

EL COMBATE DE LA FE: DEFENDER LA FE DE LOS SENCILLOS

6 EL COMBATE DE LA FE: DEFENDER LA FE DE LOS SENCILLOS

La fe de la gente sencilla, de la gente normal, en combate con las consecuencias del pecado original, necesita claridad y no confusión. Necesita experimentar que la fe en Cristo lo salva porque le perdona los pecados y le da la vida eterna. El gnosticismo humanista de una fe antropológica termina siendo una fe para pocos y una fe infecunda. No estamos llamados a ser un “club de perfectos” sino un pueblo peregrino de pecadores perdonados. El mensaje de salvación del evangelio está destinado a todos.

Estamos llamados a **defender la fe de los sencillos**. Cuando era niño y adolescente me dolía escuchar una distinción entre aquellos católicos que participaban de la vida de las comunidades cristianas a través de los distintos y numerosos grupos de reflexión que se crearon en el inmediato posconcilio y los que “solo iban a misa”, como hacían en esa etapa de su vida mis padres. La crítica más fuerte era para los que expresaban su devoción con gestos piadosos, desde ponerse de rodillas en la consagración hasta el osar tocar una estatua o prender una vela, lo que era juzgado como una expresión de magia o fanatismo.

La fe de los sencillos, la fe que necesita ver y tocar, oler y sentir, la fe de la gente normal, marcada por las consecuencias del pecado original, **necesita claridad** sobre lo que se debe creer, sobre cómo se debe actuar y orar. **Necesita experimentar que la fe realmente salva**, sana, cura, perdona sus pecados, libera de ataduras, alivia sus culpas y sufrimientos, los prepara para la muerte y les abre a una vida nueva. Les da la clave de vivir para la gloria de Dios que un día compartiremos en el cielo que Él nos tiene preparado. Los sencillos necesitan evangelio y no ideología.

El Papa Francisco ha advertido en diversas ocasiones y muy explícitamente en su carta sobre la santidad, acerca de la presencia hoy en la Iglesia de nuevos brotes de pelagianismo y de gnosticismo. Precisamente el gnosticismo dice Francisco es: *“la tentación de **convertir la experiencia cristiana en un conjunto de elucubraciones mentales que terminan alejándonos de la frescura del Evangelio**”*.²⁹

Frente a Dios Todopoderoso la persona de fe sencilla pide, hace novenas, peregrinaciones, promesas. Sin duda deberá también dar pasos de maduración en la fe: aprender a alabar y agradecer, a tener una relación con Dios hecha de encuentro, amistad, comunión; participar en la vida litúrgica de la Iglesia; vivir una vida coherente con el evangelio. Pero la dimensión concreta de la vida, las necesidades de cada día, llevan a ser pedigüños ante Dios como la viuda inoportuna de la parábola. ¡Cuánto tenemos que aprender de ellos! **El evangelio parece darles la razón.**

El gnosticismo humanista de una fe antropológica termina siendo una fe para pocos y una fe infecunda. Siempre debemos escapar de hacer del cristianismo un club de perfectos reservado a unos pocos iluminados. Veo hoy esta tentación a “izquierda y derecha” del campo de nuestra iglesia. Una iglesia de perfectos que rezan, adoran y sonríen y una iglesia de perfectos que razonan, se comprometen y tienen cara de preocupados. Ser “club de perfectos” es una tentación siempre presente pero entiendo que el cristianismo es esencialmente abierto a todos *“porque Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad”* (1 Tm 2,4). Tenemos además un mandato misionero explicitado por Jesucristo en numerosos pasajes del evangelio y en su misma vida pública.

Dice San Pablo VI: *“Sensible a su deber de predicar la salvación a todos sabiendo que **el mensaje evangélico no está reservado a un pequeño grupo de iniciados, de privilegiados o elegidos**, sino que está destinado a todos, la Iglesia hace suya la angustia de Cristo ante las multitudes errantes y abandonadas “como ovejas sin pastor” y repite con frecuencia su palabra: ‘Tengo compasión de la muchedumbre’.”*³⁰

En la sociedad laica y plural en la que vivimos, lejos de todo sentimiento de superioridad o de vanas nostalgias de cristiandad, el cristiano consciente del don de la fe y de la gracia recibido inmerecidamente, está **llamado a dar testimonio con su vida de la alegría de la salvación**. Es un don que es para todos³¹ pero que supone la libre aceptación del camino de la fe o la vivencia, iluminada misteriosamente por el Espíritu Santo, de fidelidad a la ley natural descubierta en el ámbito de la propia conciencia.³²

30 *Evangelii Nuntiandi* 57

31 *“No hay, hubo, ni habrá hombre alguno por quien no haya padecido Cristo Jesús Señor nuestro aunque no todos sean redimidos por el misterio de su pasión... la bebida de la humana salud... si no se bebe, no cura”.* DH 624

32 *Cfr Lumen Gentium* 16



7.

HAY VICTORIA EN EL NOMBRE DE JESÚS

7 HAY VICTORIA EN EL NOMBRE DE JESÚS

Llena de entusiasmo ver la entrega de tantos en el ministerio y en la vida consagrada y de muchos laicos que se le juegan en el mundo, en sus familias o en servicios eclesiales. Por eso mismo da aún más pena cuando al diluirse el sentido de la fe en Jesucristo Salvador se contribuye a hacer ineficaz nuestra propuesta pastoral. Esa carta quiere ser un llamado a sacudirnos el laicismo que muchas veces tenemos introyectado y ser capaces de una clara identidad católica en la sociedad plural y felizmente laica. El Señor nos permite vislumbrar la victoria final en las pequeñas victorias de nuestra vida cristiana.

Estas reflexiones se nutren de la esperanza y de la exigencia de la fe, al mismo tiempo que entiendo son realistas. Están hechas desde alguien que vive por pura gracia en la expectativa de la Iglesia que la liturgia del adviento nos recuerda a cada paso: **¡ven Señor Jesús!** Dios en su Providencia puede hacer lo que quiere, cuando quiere y como quiere, desde su ser Amor.

Cuando veo en nuestra iglesia que mantenemos viva la fe en medio de las contradicciones que nos tocan vivir y veo aquí y allá las expresiones del amor cristiano en la cantidad de obras sociales que tenemos, en la pasión educativa de tantos religiosos y laicos, en la vida heroica de nuestro clero anunciando el evangelio y viviendo con celo su entrega apostólica, me lleno de entusiasmo. Dios sigue actuando en medio de nosotros y en nosotros. Su Espíritu sigue animando la vida de muchos. La pandemia ha permitido poner de manifiesto la virtud del pueblo cristiano que ha cuidado de sus pastores y de los pastores que han cuidado de su pueblo.

Lamento sí que una concepción muchas veces desfigurada de la verdad católica contribuya a la ineficacia de muchas de nuestras acciones apostólicas. Creo que el bien que hacemos se multiplicaría, por la gracia de Dios, en la medida en que apuntemos certeramente a la raíz del ser mismo de la existencia de la Iglesia que es **sacramento universal de salvación**, y seamos nosotros los primeros en dejarnos tocar y salvar por la gracia de Dios.

Creo realmente que un elemento clave para enfrentar esta segunda ola secularizadora que nos envuelve y arrastra **es volvernos a centrar en lo esencial, en el núcleo de la fe y de la experiencia cristiana: la salvación que viene del Señor.** A partir de esta convicción de fe se trata de dar pasos en nuestra vida, en nuestra pastoral y de un modo especial en la catequesis. Estoy seguro además que, lejos de desviarnos de los compromisos que como iglesia tenemos de orden temporal, los hará más humanamente eficaces porque tendremos claro el norte que ubica desde dónde hacemos lo que hacemos.

Esta carta es un llamado **a sacudirnos el laicismo que tenemos introyectado**, que nada tiene que ver con la sana laicidad que gozamos y construimos, sino que enfría nuestra vida de servicio al Señor. Aquí y allá en la vida sacerdotal y religiosa hemos calcado los estereotipos de una sociedad que arrincona a Dios o hace de la fe en Él ese adorno trascendente para nuestras valiosas acciones humanas. No digo esto desde la vereda de enfrente sino como alguien que vive inmerso en esta realidad y que lucha por sacudirse este bagaje engañoso.

“Hay victoria en el nombre del Señor” dice un canto cargado de potencia evangélica. Sí, **en medio de las derrotas que una tras otra vivimos, puede haber pequeñas y parciales victorias** que el Señor nos permite y nos permitirá vivir en abundancia. No serán ciertamente según los parámetros del mundo (multitudes, buena fama, influencia, poder), sino al estilo del grano de trigo del evangelio, hasta que llegue la victoria final que ya tenemos asegurada en virtud de su promesa.



8.

EL ESFUERZO MISIONERO Y LA CONFIANZA EN LA GRACIA QUE ACTÚA

8 EL ESFUERZO MISIONERO Y LA CONFIANZA EN LA GRACIA QUE ACTÚA

El Papa Francisco invitó a toda la Iglesia a una conversión misionera. Los diversos programas evangelizadores que se han impulsado en estos años en la arquidiócesis y la resonancia positiva que han tenido nos alientan en la esperanza de que somos un cuerpo vivo, animado por el Espíritu Santo y capaz de responder a los desafíos de una sociedad secularizada. El Señor sigue actuando en medio nuestro, es tiempo de redoblar el espíritu misionero.

El Papa Francisco me eligió como arzobispo al año de su elección y a los pocos meses de su exhortación apostólica *Evangelii Gaudium*. El impulso misionero de esta exhortación en sintonía y continuidad con la *Evangelii Nuntiandi* de San Pablo VI y con el documento de Aparecida nos invitaba a una audaz acción misionera: *“Cada Iglesia particular, porción de la Iglesia católica bajo la guía de su obispo, también está llamada a la conversión misionera. Ella es el sujeto primario de la evangelización (...). Es la Iglesia encarnada en un espacio determinado, provista de todos los medios de salvación dados por Cristo, pero con un rostro local. Su alegría de comunicar a Jesucristo se expresa tanto en su preocupación por anunciarlo en otros lugares más necesitados como en una salida constante hacia las periferias de su propio territorio o hacia los nuevos ámbitos socioculturales. Procura estar siempre allí donde hace más falta la luz y la vida del Resucitado. En orden a que este impulso misionero sea cada vez más intenso, generoso y fecundo, exhorto también a cada Iglesia particular a entrar en un proceso decidido de discernimiento, purificación y reforma”*.³³

Fue así que cuando asumí como arzobispo en marzo de 2014 propuse en la Arquidiócesis hacer lo posible para tener una mirada de **la realidad donde el foco estuviera en el impacto religioso** de la Iglesia en la sociedad montevideana para ponernos en sintonía con el espíritu misionero y evangelizador. A partir de ahí se inició un proceso de consultas y de pasos

que llevaron por un lado a una reconfiguración pastoral de la arquidiócesis y por otra parte a la elección, por parte del Consejo de Presbiterio, de siete recomendaciones pastorales.

Para hacer efectivas estas recomendaciones en el año 2016 se sumaron a las actividades de la pastoral ordinaria un conjunto de iniciativas que llamamos “**programas evangelizadores**”. En principio fueron cinco: la renovación del DECOS (Departamento de Comunicación Social); el Instituto Arquidiocesano de Formación, el Equipo Primer Anuncio, el Ministerio de Música, y el proyecto Puertas Abiertas.

Por otra parte la preocupación por la situación de los colegios católicos de periferia llevó a que se fundara la **Fundación Sophia**. De ese modo se daba continuidad al trabajo de muchos para procurar una educación académica y pastoral de calidad. Como sabemos la Fundación, a pedido de los respectivos obispos, fue incorporando también colegios de diversas diócesis.

Los programas evangelizadores fueron enriquecidos por otros programas y actividades que se fueron sumando: “**Navidad con Jesús**” con sus cinco propuestas, la “**Misión de la esperanza**” el 2 de noviembre, la misión de navidad de **Iglesia Joven** y, preparada con un gran esfuerzo de la mayoría de las parroquias, la misión “**Casa de Todos**” enmarcada en el “**Proyecto Misionero Jacinto Vera**”.

Una de las propuestas, fruto también de la reflexión compartida en 2019 y 2020 en el Consejo de Presbiterio, Coordinador Territorial, Consejos Parroquiales, y en las visitas a todas las parroquias, fue el formular un programa misionero de tres a cinco años. Con el Vicario Pastoral y un equipo hemos estado trabajando y se ha propuesto un nuevo programa evangelizador llamado “**FE viva**” que procura el fortalecimiento evangelizador de las actividades parroquiales.

Podríamos seguir sumando iniciativas que se han impulsado en estos años desde las distintas vicarías y comisiones pastorales. Destaco el enorme trabajo de la **pastoral social** sobre todo atendiendo los nuevos desafíos: la gente en situación de calle, la pastoral con chicos de INISA, el trabajo con migrantes y con jóvenes adictos.

Este sucinto recorrido por algunas de las actividades pastorales y misioneras que estamos haciendo es solamente para darnos cabal cuenta que **somos un cuerpo vivo, animado por el Espíritu Santo y respondiendo como Iglesia a los desafíos** que se nos van presentando. No estamos para el “achique” ni para el “agrande” sino para servir con alegría al Señor y dejarnos llenar nuestros pulmones por el aire de Pentecostés que nos renueva y fortalece. Confiamos en la gracia del Señor que actúa, en la semilla del Reino que crece entre la cizaña.

Estamos llamado **salir al encuentro** de todos sin complejos y con una clara identidad capaz de anunciar y dialogar. No quedarnos encerrados en nosotros mismos. Es el ardor misionero que movió a los apóstoles y a tantos misioneros y misioneras de la historia de la Iglesia. El entonces Padre Ratzinger en 1969 hablaba de una iglesia del futuro más pequeña, que no será una fuerza en la sociedad pero a la que los hombres vacíos de sentido volverán en busca de una respuesta que siempre han intentado hallar a tientas. Entonces *“florecerá de nuevo y se hará visible a los seres humanos como la patria que les da vida y esperanza más allá de la muerte.”*³⁴



9.

PREGUNTAS Y PROPUESTAS

9 PREGUNTAS Y PROPUESTAS

Contentos del tiempo en que vivimos porque es en el que la Providencia nos ha colocado, es bueno hacer una reflexión como pastores del pueblo que se nos ha confiado, como servidores de la viña del Señor.

Se trata entonces de estar **contentos del tiempo en que nos toca vivir**, de renovar nuestra conciencia misionera que desafía la nueva ola secularizadora y de recoger así el llamado del Papa Francisco a ser “Iglesia en salida”. Esta carta quiere ayudarnos a una reflexión que la hacemos no como intelectuales que observamos la realidad sino como pastores y evangelizadores, como iglesia en misión, discípulos misioneros.

Ofrezco estas **pistas y preguntas** que me parecen urgentes pero sería bueno las completáramos y profundizáramos.

1. El anuncio kerygmático de Jesucristo muerto y resucitado que nos salva supone una conversión a Él de corazón. ¿Cómo profundizar en el misterio de la salvación y sacar las conclusiones personales y pastorales de esta realidad aquí descrita?

2. Obispos, sacerdotes, religiosos y diáconos estamos llamados a ser los primeros en convertirnos. **Necesitamos sacudirnos el laicismo y ser defensores de una sana y fecunda laicidad.** ¿Cómo distinguir el laicismo secularizador de una sana laicidad? ¿Cómo estar presentes en esta sociedad plural desde una clara identidad católica?

3. La riqueza que la Iglesia vivió a lo largo de todo el siglo XX con el redescubrimiento de la Biblia y la reforma litúrgica, que después plasmó en los documentos del Concilio Vaticano II han ayudado a una presencia de la Biblia en la pastoral que fortalece la fe. **La reforma litúrgica**, en cambio, tal como ha sido aplicada entre nosotros necesita una reconsideración en fidelidad al Concilio y por lo tanto abierta a la tradición. ¿Cómo celebrar mejor nuestras eucaristías dominicales? ¿Qué otras expresiones de culto y de piedad podemos vivir y proponer además de la santa Misa?

4. La catequesis y la formación de los catequistas es sin duda un elemento clave. Debemos invertir en esto recursos y personas que tengan claridad y nos ayuden en las diversas dimensiones de la catequesis: parroquial y escolar, de niños y de adultos, etcétera. A nivel de la Vicaría de Catequesis se está haciendo un ingente esfuerzo en estos tres años. ¿Qué ideas podemos aportar para una catequesis renovada y que nos ayude a una formación sólida en la fe?

5. Admiramos y apoyamos a los fieles laicos que están en los diversos ámbitos de la vida social dando su testimonio de fe. ¿Cómo acompañar la vida de los laicos, en su ámbito propio: familia, trabajo, vecinos, compromiso social y político?

6. Renovemos el sentido de la disciplina en la vida de la Iglesia. Sin ella ninguna familia, ningún grupo humano, ninguna institución subsiste. ¿Cuáles serían los elementos de la disciplina de la vida de la Iglesia que deberíamos renovar y reforzar entre nosotros?

7. El mapa de la respuesta religiosa en Montevideo muestra una mayor dificultad de llegada en los ambientes populares. Se ha hecho una reflexión en el año 2018 y 2019, se elaboró un documento, se pidió a los sacerdotes que se sentían llamados a esta tarea pastoral que lo expresaran en una carta al obispo, se ha apenas esbozado el “hermanamiento” de parroquias. ¿Qué sugerencias o propuestas nos parece debemos crear o profundizar para que siga siendo prioridad la evangelización en estos barrios?

8. Es posible que no esté de acuerdo con los planteos de esta carta, o con algunos sí y otros no. ¿En qué cosas discrepo? ¿En qué cosas estoy de acuerdo?



10.

CONCLUSIÓN: LA ESPERANZA DE LA FE

10 CONCLUSIÓN: LA ESPERANZA DE LA FE

Estamos llamados a anunciar la alegría de la salvación que sólo Jesucristo puede dar. Entre tantos misioneros que han sembrado el evangelio entre nosotros destaca Mons. Jacinto Vera, el obispo que salió y fue a buscar las ovejas perdidas. Hace 100 años la Iglesia en el Uruguay separada del estado comenzaba una aventura de libertad y riesgo. Nuestros “abuelos en la fe” no se arredraron como hoy no lo hacen tantos jóvenes y adultos de nuestra Iglesia. Vale la pena gastarse por Jesús y el evangelio y saber que, como para Mons. Jacinto Vera, la victoria llegará de la mano de María. ¡Ven Señor Jesús!

En este tiempo difícil que vivimos la esperanza de la fe nos sostiene y anima para **anunciar a tiempo y a destiempo la salvación que nos ha traído Jesucristo**: *“Nosotros no podemos callar lo que hemos visto y oído” (Hch 4,20)*. Dice el Papa Francisco: *“Sueño con una opción misionera capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura eclesial se convierta en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual más que para la autopreservación. La reforma de estructuras que exige la conversión pastoral sólo puede entenderse en este sentido: procurar que todas ellas se vuelvan más misioneras, que la pastoral ordinaria en todas sus instancias sea más expansiva y abierta, que coloque a los agentes pastorales en constante actitud de salida y favorezca así la respuesta positiva de todos aquellos a quienes Jesús convoca a su amistad. Como decía Juan Pablo II a los Obispos de Oceanía, ‘toda renovación en el seno de la Iglesia debe tender a la misión como objetivo para no caer presa de una especie de introversión eclesial’.”³⁵*

Como decía al comienzo de estas reflexiones el clamor del salmista a Dios: **“Devuélveme la alegría de tu salvación”** lo escucho hoy como un llamado que muchos nos dirigen a nosotros, hombres y mujeres de Iglesia, especialmente sacerdotes, diáconos y vida consagrada. Nuestra gente necesita de la salvación que sólo Jesucristo puede alcanzarles y nosotros somos sus ministros.

*“La conciencia de la vida plena en la que Jesús Salvador nos introduce empuja a los cristianos a la misión, para anunciar a todos los hombres el gozo y la luz del Evangelio”.*³⁶

El buen pastor va a buscar la oveja perdida, aleja a los lobos, es más, está dispuesto incluso a dar la vida por su rebaño. Hemos tenido en nuestra iglesia grandes misioneros. Sin duda entre todos destaca el Venerable Siervo de Dios **Mons. Jacinto Vera**. Él no se quedó encerrado en su despacho. Cuando fue nombrado vicario apostólico del Uruguay, en una iglesia con escasez de clero, casi ausencia de vida religiosa, sin seminario, sin prensa católica, sin obispo, y tantas otras debilidades, rezó y trabajó. Recorrió y salió a buscar a los alejados. Fue, como diría el Papa Francisco, un pastor con olor a oveja. Hoy también para nosotros está el riesgo del que habla el Papa, la enfermedad de encerrarnos en nosotros mismos. Frente a ello está el ser efectivamente una iglesia que sale y busca, que confía y espera.

Mons. Jacinto Vera confió en María Santísima sabiendo que la victoria vendría de su mano: *“Jacinto triunfará por María”* expresaban los signos de su escudo episcopal. No se trata de crecer en número o tener éxito según los parámetros del mundo, ni de regresar a ningún pasado glorioso sino de **ser fecundos viviendo en fidelidad y alegría el desafío de ser evangelizadores** en este tiempo. La Iglesia en el Uruguay es ya una realidad más pequeña. El desafío es vivir en fidelidad nuestra vocación, ser una iglesia orante, servidora y fecunda, sacramento de la salvación que Jesucristo quiere ofrecer a todos.

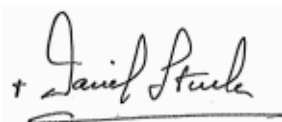
Cuando hace 100 años nuestros abuelos en la fe vivieron la separación de la Iglesia del Estado sintieron que se les movía el piso. Ya no había apoyo oficial por menguado que éste fuera, ni feriados religiosos, ni compromisos con el estado. **Había riesgo y libertad**. Conciencia de que se era más pequeño pero que se podía ser más fuerte si se aceptaba el desafío del momento. También en esos tiempos **había problemas intraeclesiales**, miradas distintas sobre lo que se debía hacer y los problemas derivados de las fragilidades humanas. No se arredraron, aceptaron el desafío y las décadas del 20 y el 30 del siglo pasado fueron de las más fructíferas en la vida de la Iglesia en el Uruguay.

Hoy estamos llamados a mirar las fuerzas con las que contamos y percibir con alegría la pujanza de muchas parroquias, obras educativas, comunidades y movimientos. Vemos entre nosotros la fuerza apostólica de tantos sacerdotes y diáconos que con heroicidad mantienen encendida la llama de la fe en medio de una repuesta que no siempre corresponde al esfuerzo desplegado, consagrados que testimonian la belleza de una vida entregada enteramente al Señor, jóvenes misioneros que con valentía anuncian a Cristo, las “todoterreno” que transmiten la fe y dan un increíble testimonio de fidelidad, las familias que ponen como prioridad la vivencia y transmisión de la fe a sus hijos. **Estamos llamados a vivir con claridad y sin complejos nuestra identidad católica** como integrantes y forjadores, junto con otros, de esta sociedad. En ella el Señor nos invita a nosotros, pecadores, a ser sal de la tierra y luz del mundo (cfr Mt 5,13-16).

“**Servir al señor con alegría**” es el lema que me acompaña desde mi noviciado y que volví a elegir en la ordenación sacerdotal y episcopal y que está en mi escudo. Intentar ver la realidad como es, aunque pueda doler en algunos aspectos, no quita nada al entusiasmo de la misión. Se trata de servir al Señor pero hacerlo no arrastrando un peso que dobla nuestras espaldas sino en la certeza de que “su yugo es llevadero y su carga liviana”. El buen humor que acompañó a los grandes santos se hace hoy necesario, para tomar la realidad en serio, pero no tomarnos tan en serio a nosotros mismos.

Vale la pena gastarse por Jesucristo y el evangelio. Remar y remar como estamos acostumbrados en nuestra iglesia, en la certeza de que el Señor enviará a su tiempo la brisa favorable. La victoria vendrá nuevamente de la mano de María. *“Mientras se dedica con todas sus fuerzas a la evangelización, la Iglesia continúa a invocar la venida definitiva del Salvador, ya que ‘en esperanza estamos salvados’ (Rm 8, 24)”*.³⁷ Vamos hacia el encuentro con el Señor, ¡ven Señor Jesús!

Con mi bendición,

A handwritten signature in black ink, reading "Daniel Sturla". To the left of the signature is a small cross symbol. The signature is written in a cursive, flowing style.

Card. Daniel Sturla

37 *Idem*









Iglesia Católica
Montevideo